

Irreducible Albert Camus

El 4 de enero del año pasado se han cumplido treinta años de la muerte de Albert Camus, quebrada la columna contra el vidrio trasero del Facel Vega experimental conducido por el editor Michel Gallimard. Hoy, el escritor al que los últimos acontecimientos políticos habrían devuelto a la moda, tendría 76 años. Sin embargo, cuarenta y seis años y ocho días de vida, le fueron suficientes al que fue llamado hijo del Mediterráneo para amar al sol y a las mujeres, rebelarse contra las contradicciones de su época, realizar una obra filosófica y literaria que tendría una influencia importante sobre un considerable número de pensadores posteriores y recibir el Premio Nobel.

No eludió ningún combate. Tras haber sido uno de los primeros en protestar contra las desigualdades que afectaban a los mulsumanes del Norte de África, fue el amigo caritativo de los exiliados españoles antifascistas, de las víctimas del estalinismo, de los jóvenes rebeldes, de los objetores de conciencia. Al otorgarle el Premio Nobel, la academia sueca le citó como uno de los escritores más comprometidos de entre los que se oponían al totalitarismo. Jean Paul Sartre —amigo de Camus y luego enemigo—, recordó la magia de este gran hombre en una descripción que se cita con frecuencia: «La admirable conjunción de una persona, de una acción y de una obra». Su biógrafo Lottman afirma que «nadie parecía encarnar mejor la esperanza de la joven Francia de su tiempo y del mundo».

Camus parecía tenerlo todo: juventud, encanto, éxito precoz. Todo esto lo poseía en dosis suficientes como para despertar la envidia, a veces muy viva, en algunos de sus contemporáneos célebres. En la época de *Combat*, un joven crítico de cine protagonizó una escena que ha pasado a la historia, al proclamar en el transcurso de una borrachera:

Os voy a hablar de una injusticia peor que la que venimos denunciando columna tras columna en nuestro diario, esa injusticia está viva y está ahí, delante de vosotros, es Camus; tiene todo lo que se necesita para seducir, para ser dichoso, para ser célebre, y ¡además el muy insolente tiene todas las virtudes! Contra esta injusticia no hay nada que hacer.

Quienes le trataron de cerca coinciden en señalar el don de la oportunidad como una de sus cualidades dominantes, y así lo expresan en el libro de Lottman: «Estaba

claro que Camus decía lo debido en el momento debido con esa facilidad y oportunidad tan naturales en él». También señalan su capacidad para ser un jefe natural: «...de tan seguro como parecía estar del lugar que le correspondía por derecho. Nunca empleó la mínima estratagema para hacerse querer por quien fuese o complacer a sus superiores. Se hubiese dicho que llevaba un cartel diciendo: *Noli me tangere*». Finalmente añaden: «Su pudor le hacía parecer sin duda lo que probablemente no era en absoluto: presuntuoso».

Juventud panteísta y vitalista

«¿Acaso hay algo bajo los cielos húmedos y las praderas de la mañana, tras los perfumes y las flores? y ¿quién soy yo para hablar de todo este misterio absorbente, qué otro soy sino el que cree? Pero no es en lo que está tras los perfumes y las flores en lo que creo, es en los perfumes y en las flores...» Así escribía Camus a su novia, Simone, a finales de 1933 o comienzos de 1934, en cualquier caso antes de su boda. Por aquellas mismas fechas —concretamente en abril de 1933—, plasmó en su *Diario* su primera introspección: «Necesitaría aprender a dominar mi sensibilidad demasiado dispuesta a desbordarse. Creía ser maestro en ocultarla tras la ironía y la frialdad. Tengo que desengañarme». Poco tiempo después escribe en sus notas: «...Es verdad que los países mediterráneos son los únicos en los que puedo vivir, que me gustan la vida y la luz, pero también es cierto que lo trágico de la existencia obsesiona al hombre y que el más profundo silencio queda unido a ella. Entre este derecho y este revés del mundo y de mí mismo, me niego a elegir...» A base de reflexión y madurez, Camus fue descubriendo, poco a poco, que había una salvación posible para el hombre que él era, y que ésta no incluía el desierto, ni el abandono sin recurso terreno, que su salvación no estaba en el infinito, ni se alcanzaba mediante la mística, sino por la simple voluntad del hombre. A partir de entonces, Camus iba a permanecer con los pies en la tierra.

La que fue conocida entre los intelectuales como «ideología mediterránea», debe precisamente sus orígenes a los no mediterráneos, a emigrados o metropolitanos transplantados como Gide, Montherlant e incluso Oscar Wilde. Ellos fueron los que inventaron un norte de África que Camus y sus amigos creyeron poder reconocer y con el que deseaban ciertamente identificarse. El concepto de estos hombres mediterráneos se basaba en la pretensión de que aquellas orillas bendecidas por el sol producían hombres que conocen sus límites y la justa medida de las cosas. Si a los ojos de los europeos del Norte, el mediterráneo locuaz y fácilmente excitable no resulta nada mesurado y sereno, el reconocido como mediterráneo cultivado está imbuido de la certeza de ser el heredero de los clásicos, de que ha sido moldeado a la vez que la naturaleza. Camus encontraría pronto un símbolo de su Mediterráneo en Tipasa, romántico emplazamiento arqueológico en donde las ruinas romanas contrastan

con la lujuriosa vegetación y el mar inmediato. «En primavera —escribe—, Tipasa está habitada por los dioses y los dioses hablan en el sol y el olor de los ajenjos». Uno de sus poemas primerizos, «Mediterráneo», está lleno de elementos doctrinales: «¡Mediterráneo! el tuyo es un mundo a nuestra medida./ Rubia cuna azul en donde se mece la certidumbre./ La tierra latina no tiembla./ En ti se pulen y se humanizan los mundos».

Al releer los primeros escritos de Camus, salta a la vista que una de sus principales preocupaciones reside en el aprendizaje de las palabras. Invariablemente emplea demasiadas y los textos son floridos, cerebrales, demasiado centrados en sí mismos; pero así es como se inician los escritores: aprendiendo a eliminar útilmente lo que sobra. Camus aprendió con rapidez, y su período del arte por el arte se desarrolló y se apagó casi tan rápidamente como le vino la necesidad de expresar cosas tangibles con convicción.

Comunista heterodoxo, antidogmático

Belcourt, localidad argelina en la que nació Camus, fue su primera escuela. El barrio, con sus mezclas de razas y actividades, lo obligó a crecer en la confrontación cotidiana de una vida que la mayoría de sus amigos burgueses de Argelia, por no hablar de los escritores y otros intelectuales con quienes se encontraría en Francia, no habían compartido. Según sus amigos, nunca perdió esa aptitud para hablar con gentes de todos los niveles con idéntica simplicidad familiar. Viviendo ya en París, contestó a un crítico que señalaba que no había aprendido la libertad en Marx: «Es cierto: la he aprendido en la miseria». Antes de afiliarse al Partido Comunista, Camus meditó las palabras de su maestro Jean Grenier, en las que hacía un llamamiento para resistir a la tentación de los intelectuales de adherirse a un movimiento que pretendía avanzar en el sentido la historia. «Resulta en cualquier caso ventajoso —decía Grenier— no precipitarse en un partido si no le empujan a uno todas las fuerzas de su espíritu y de su corazón. Ocurre que el artista que ha tomado súbitamente conciencia de su propia miseria y de la solidaridad humana, se afilia de pronto a un partido, simplemente por salir de sí mismo, del mismo modo que una chica, antiguamente, decidía bruscamente casarse para escapar de su familia. Pero eso lleva a matrimonios desgraciados».

Camus oyó a su maestro analizar el «espíritu de ortodoxia» al criticar el dogma marxista, la infalibilidad estalinista, el «Vaticano» de Moscú, la jerarquía burocrática, la dictadura no del proletariado, sino de una nueva clase de inquisidores. Jean Grenier hablaba de todo esto, decía todas estas cosas antes de que lo hicieran Arthur Koestler, Raymond Aron o Isaac Deutscher. Sin embargo, después de sopesar los pros y los contras, Camus escribió a su maestro el 21 de agosto de 1935: «Le confieso que todo me lleva hacia ellos y que estoy decidido a esta experiencia. Los obstáculos que opongo al comunismo, me parece que más vale vivirlos».

Lamentaba que el comunismo careciese de sentido religioso y permitiese al hombre bastarse a sí mismo. Pero ¿no podría el comunismo prepararlo a preocupaciones más espirituales?: «En la experiencia leal que intentaré —escribe—, me negaré siempre a poner entre la vida y el hombre un volumen del *Capital*». Iba a unirse al Partido para ver evolucionar su doctrina. Sabía que la filosofía comunista contenía errores tales como el falso racionalismo unido a la ilusión del progreso, al no beneficiar los conceptos de lucha de clases y materialismo histórico más que a la clase obrera. Pero: «Me parece —reflexiona— que más que las ideas es la vida la que con frecuencia lleva al comunismo... ¡Tengo un deseo tan fuerte de ver disminuir la suma de desgracia y de amargura que envenena a los hombres!».

Sin embargo, la contradicción entre su pensamiento y sus actos nunca iba a ser verdaderamente resuelta. Las dificultades de Camus con el partido comunista iban a manifestarse más tarde, pero ya desde un principio reflexionaba con toda tranquilidad en su diario, las palabras de Jean Grenier sobre el comunismo: «Por un ideal de justicia ¿es necesario suscribir tonterías?». Responder «sí» habría sido noble pero «no» era más honesto. El problema no difería del que afrontaban los cristianos inteligentes. ¿Debe preocuparse el creyente de las contradicciones de la Biblia, de la fábula del arca de Noé? ¿Debe defender a la Inquisición o al tribunal que declaró culpable a Galileo? Y finaliza sus notas: «Pero, por otro lado, ¿cómo conciliar comunismo y asco?»

De la duda a la expulsión del Partido

Lo paradójico es que Albert Camus, que nunca tuvo ningún cargo ni importancia en el seno del Partido Comunista, fuera el comunista más activo y más conocido —aunque miembro secreto— de la vida política y cultural de Argel. Pero el trabajo precisamente dedicado al Partido, es decir, las reuniones de su célula y las tareas que efectuaba por orden de sus superiores inmediatos, nunca tuvo el mismo alcance que su actividad pública. Esta paradoja tiene una explicación clara en que su actitud heterodoxa le llevaba a una no fiabilidad por parte de los dirigentes. En diciembre de 1937 escribe en sus carnets: «La política y la suerte de los hombres están hechas por hombres sin ideal y sin grandeza. Los que tienen alguna grandeza dentro no hacen política».

El biógrafo Lottman afirma que tiene motivos suficientes para creer que Camus era un comunista lúcido, consciente de todas las razones de peso por las que debía desconfiar del aparato del Partido. Confió a Grenier que se había hecho comunista para permanecer próximo a las gentes con las que se sentía identificado, la clase obrera de Argel, cuya causa habían hecho suya los comunistas. Pero si se había lanzado al movimiento y si consagraba todas sus fuerzas en favor de los objetivos comunistas, no por ello dejaba de desconfiar de los fines últimos y de las prácticas comunistas. Se podía —escribe a su maestro— «admitir una acción a favor del comunismo